

## **El profesor, el magma y los ascensores**

Escribo desde mi celda en la cárcel de Soto del Real y, mientras observo desde mi ventana los prados que rodean el penal, me pregunto: ¿cómo me ha podido pasar esto?, ¿tiene relación con todos los fenómenos inauditos que están sucediendo últimamente? una pandemia, una nevada con nombre de mujer que parecía no tener fin y cuya nieve no se derretía, una tormenta de arena que ha enturbiado el cielo de la ciudad y la ha cubierto de un manto rojo...

Soy profesor de Geología y he desarrollado mi labor docente durante treinta y cinco años en la Facultad de Geología de la Universidad Complutense de Madrid, donde residía con mi esposa y mis dos hijos.

Durante mis años de docencia en la Universidad he recibido numerosas muestras de afecto por parte de mis alumnos y exalumnos y la relación con mis compañeros de departamento ha sido siempre fluida, dado que tengo un carácter apacible y tiendo a ser bastante tolerante.

Estoy especializado en vulcanología y dirigía en la Facultad un proyecto de investigación sobre magmatismo en el área volcánica del Campo de Calatrava, en Ciudad Real.

También era el director de varias tesis doctorales sobre la evolución de los magmas.

Ahora desde mi celda, donde he tenido tiempo de reflexionar, creo comprender lo que me ha sucedido estos últimos años:

Después de tanto tiempo explicando los procesos asociados al magmatismo, mi organismo ha comenzado a comportarse como un magma que es capaz de integrar y asimilar parte de las rocas encajantes de la cámara magmática en su camino de ascenso a la superficie, cambiando su composición química, así como sus características físicas, originando erupciones volcánicas más o

menos explosivas según su grado de viscosidad: a mayor viscosidad, mayor explosividad.

Pues bien, me he debido de transformar en una especie de magma orgánico viscoso y explosivo. No se me ocurre ninguna otra explicación racional para ese fenómeno.

Todo empezó hace unos cuatro años y de una manera casi imperceptible al principio. En la facultad, mi departamento se encontraba en la tercera planta del edificio y las aulas donde impartía mis asignaturas, en la planta baja. En algún momento empecé a sentir cierto desasosiego y una especie de agitación cuando tomaba el ascensor para subir al departamento, pero no lo consideré importante, pensé que sería algo pasajero.

Durante la pandemia, las clases en la universidad no eran presenciales y para evitar el contagio no compartía el ascensor con nadie.

Cuando las clases volvieron a ser presenciales, comenzaron mis verdaderos problemas: impartía una clase de Geología de primer curso en la planta 11 de la Facultad y ya se podían compartir los ascensores. Pues bien, de nuevo se produjo el fenómeno y, además, con efectos acumulativos, dependiendo de la altura y del tiempo transcurrido. Al ascender se producían cambios no solo en mi carácter, también en mi aspecto físico, imperceptibles en la primera planta e incrementándose en las superiores: en el ascensor iba asimilando e integrando características físicas e intelectuales de quienes compartían el ascensor conmigo, como ocurría en el proceso de evolución magmática. El proceso se invertía al descender a nivel del suelo.

Tomé conciencia de estos cambios cuando impartía mis clases diariamente y durante meses en la planta 11. Si me acompañaba un grupo de jóvenes estudiantes, al finalizar el trayecto me encontraba lleno de energía y vitalidad, como si hubiese rejuvenecido. Era algo increíble. Si compartía el ascensor

con compañeros de otros departamentos o de otras facultades, era como si mi mente se enriqueciera con sus conocimientos.

Pero esta especie de “proceso osmótico” incluía también, al principio, una sensación de desasosiego, como ya había percibido antes de la pandemia y, después, una agresividad incontrolable que aumentaba con el ascenso a las plantas superiores.

Y llegaron los problemas:

Consideré que podría alcanzar la sabiduría y la perfección absolutas y empecé a experimentar, seleccionando cuidadosamente a acompañantes y edificios: a mayor altura, mejores resultados, pero también mayor agresividad.

Mis clases eran más caóticas cada vez, no podía estructurar mis explicaciones, que a veces mezclaban la Geología con la Filosofía o las Matemáticas, el Arte o cualquier disciplina que había adquirido al compartir ascensor con expertos en las mismas. Sufría ataques de animadversión hacia determinados alumnos, no siempre los mismos. Cuando respondía a sus preguntas lo hacía en un tono hostil, e incluso llegué a insultarlos.

Perdí mi trabajo en la Universidad y también perdí a mi familia.

Estaba obsesionado y seguía experimentando, pero abandoné cuando agredí a una persona en un ascensor al ir a visitar a unos amigos que vivían en la planta 16.

Transcurrido un año me contrataron en una consultora medioambiental con sede en la planta 58 de una de las torres de la Castellana y, al ascender, mi cuerpo entró en erupción ...

Y aquí estoy en mi celda. No pude controlarme, soy una persona pacífica, pero...

Benedetta Lippi